

JOSEP MARIA ESQUIROL

HUMANO,  
MÁS HUMANO

UNA ANTROPOLOGÍA  
DE LA HERIDA INFINITA

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2021 by Josep Maria Esquirol Calaf  
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Mar y lluvia* (1865), de James McNeill Whistler

ISBN: 978-84-18370-31-1  
DEPÓSITO LEGAL: B. 3248-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

I. Víveres conceptuales	7
II. ¿Cómo te llamas? (El nombre)	19
III. ¿De dónde vienes?	31
IV. ¿Qué te pasa? (Capaz de mucho, pero...)	47
v. Herido, en el centro más profundo del alma	61
VI. Gravedad y curvatura poética	81
VII. Vibraciones: silencio, palabra, canto	99
VIII. Humana dulzura, inhumana frialdad	115
IX. Bajo el cielo azul, sobre la tierra plana	129
X. Día a día, y alguna noche oscura	143
XI. Esperanza sin lujo	153
XII. Líneas telegráficas	167

*A mi madre, que me cuidó desde el principio.  
A mi padre, que me amparó hasta el final.*

I  
VÍVERES CONCEPTUALES

Se necesita poco para vivir. Pan y canto.

Cantamos para celebrar, y cantamos, también, para no tener miedo: para celebrar las cosas de la vida, y para no tener tanto miedo de la muerte. De ahí que la esencia de la palabra sea el canto y que en toda palabra valiosa palpite, o bien la celebración, o bien el amparo. O bien el susurro de palabras dulces que cuidan y amparan, o bien el canto de fiesta. Canto que cura y canto que enaltece la belleza del mundo.

El canto acompaña las palabras de los poetas, y también las de los grandes pensadores. Pero, nada tiene de elitista, pues resuena, tanto o más aun, en las palabras de la buena gente. *Decir—y hacer—*algo bien: he aquí la continuación del canto. A veces silencioso, y a veces bajo formas discretas imprevisibles, el canto—la palabra que vibra—nos hace de cobijo y de cielo.

Los cantos de ronda eran versiones de canciones populares que solían repetirse por las calles de los pueblos. Cuenta Nietzsche hacia el final de su magna obra que Zaratustra pide a los hombres superiores que entonen con él un canto de ronda; un canto que resume parte de su doctrina, de su buena nueva, de su evangelio. Se trata de *la canción del noctámbulo*, cuyo tema es la *profundidad* del mundo: «El mundo es profundo, | y más profundo de lo que el día ha pensado». Pocos años después, cuando Nietzsche ya había

perdido la cabeza, Gustav Mahler, en su *Tercera sinfonía*, pondrá los versos de Zaratustra en la voz de una contralto, con unas notas patéticas y sobrecogedoras.

¡Cuán profundo es el mundo! Pero ¿cuál es el carácter de esta hondura?; ¿de veras se presiente en ella una especie de eterno retorno?

El mundo es muy profundo, sí, pero no sufre por nosotros. La profundidad de lo humano, en cambio, reside en el sufrimiento: por todo y por todos, y cuando más vivamente vibra no es por el eterno retorno, sino por el *reencuentro*.

El nietzscheano canto de ronda me hizo pensar en otra modalidad de palabra pública: la de los antiguos pregones, anunciados con el inconfundible sonido del cornetín. Antiguamente, en cada pueblo solía haber un pregonero encargado de comunicar a los vecinos diferentes tipos de noticias, algunas valiosas para la comunidad y otras sólo provechosas para el alcalde y los terratenientes de siempre. El pregón iba repitiéndose por las calles para que, desde los portales y las ventanas, todos los vecinos pudieran escucharlo. ¿Y si de los innumerables pregones pronunciados por aquí y por allá hubo uno que un día procuró resumir una filosofía? Casi puedo imaginar—porque algo hay de cierto—al pregonero de un pueblo en la región italiana del Véneto, hacia finales del siglo XIX; un pregonero que también trabajaba como hortelano, y de quien se decía que, al caer la tarde, solía leer libros. Sus pregones eran muy peculiares y casi nunca terminaban de entenderse del todo, pero, quién sabe si justamente éste era el motivo por el cual los vecinos tanto los esperaban. Sin extenderse demasiado, añadía a lo que le habían encargado que difundiera otras cosas de cosecha propia. De sobras sabía que, para que la

gente atendiera y lo siguiere, convenía pronunciar en tono alto frases cortas separadas por largas pausas. Y también sabía que convenía repetir algunas partes, sobre todo las del principio, para la gente que, como los ancianos que caminan poco a poco, tarda un rato hasta poder asomarse. En letra minúscula, anotaba todos los pregones en una libreta, a veces con un título y a veces únicamente con la fecha. Las pausas, las indicaba con un guioncito, imitando los telegramas, frecuentes en aquel entonces. Una vez, pronunció un pregón todavía más extraño de lo habitual, con el que se refería a un pregonero como él. Llevaba por título: «Pregón filosófico de la mañana», y decía así:

nada era necesario – nada, debido – ni tú, ni cielo – ni yo, ni mundo – ni día, ni noche – pero despuntó el alba – y un día, tiempo después – el sereno cantó las seis – el farolero apagó las luces – y, a media mañana, el pregonero hizo saber – que la vida tiene forma de arco – como la bóveda del cielo azul – con una sábana y un nombre – una niña ha venido al mundo – cada día, sobre la tierra plana – se alzan cabañas con maderas de entoldado – y se curva la línea de las palabras – para bendecir el gusto de cada cosa – y consolar el dolor de cada mirada – nada era debido – ni tú, ni cielo – ni yo, ni mundo – ni día, ni noche –

Del diálogo ininterrumpido con Nietzsche, también ha surgido el título de este libro; un título que expresa el horizonte filosófico merecedor de todos nuestros esfuerzos. Algo muy sencillo de expresar: ¡ojalá el humano fuera todavía más humano! Ser humano no significa ir más allá de lo humano, sino intensificar lo humano, profundizar en lo más humano: ahí está lo más valioso.

En cambio, Nietzsche considera que la anomalía huma-

na debe ser *superada*; se queja y se entristece por la poca fuerza del hombre. Este motivo es, en realidad, un tópico muy antiguo, que recalca nuestra excesiva debilidad. Sin embargo, vale la pena preguntarse si la debilidad siempre es una manifestación de bajeza. ¿Y si, ya inmediatamente, Abraham se hubiera mostrado incapaz de aceptar la orden divina de matar a su hijo? ¿Poca fe, o demasiada humanidad? Me parecen muy expresivos los versos que Luigi Groto, dramaturgo italiano del Renacimiento, escribe en una versión teatral del drama bíblico. En ellos, Abraham se lamenta de su trágica situación y de la debilidad que siente de esta manera: «¡Ay!, demasiado afeminado; ¡ay! demasiado humano...».<sup>1</sup> ¡Justo eso! Ser demasiado humano se hace coincidir aquí con ser demasiado débil, y demasiado afeminado—es decir, literalmente, con ser demasiado femenino—. Ante la terrible—¡e *inhumana!*—orden divina de sacrificar a su hijo, Abraham se pregunta, perplejo y angustiado, qué tiene que hacer. Se siente desolado, se complace y, espontáneamente, atribuye su debilidad al hecho de ser *humano, demasiado humano*.

Tanto la idea como la literalidad de la frase de Groto habrían podido inspirar perfectamente—quién sabe si fue así—el título del libro de Nietzsche: *Humano, demasiado humano*, de la misma manera que también ahora han ayudado a inspirar el mío: *humano, más humano*, que ya no tiene nada de queja ni de desdén, sino todo lo contrario. ¿Qué puede haber de más humano que una debilidad semejante? He aquí la tesis de este libro.

Además del diálogo con Nietzsche, el título—*Humano, más humano*—expresa también la réplica a una de las eva-

<sup>1</sup> Luigi Groto, *Isac*, Roma, Bartolomeo Lupardi, 1673, acto II, escena I, p. 28.



siones ideológicas de nuestra época: la del transhumanismo, con sus golosas promesas de un *más allá* de lo humano. Obviamente, no me refiero a la cuestión de lo que seremos capaces de conseguir con las innovaciones biotecnológicas, sino al discurso ideológico que las acompaña y las adorna. ¡Qué paradoja más triste: aspirar a y confiar en llegar más allá de lo humano y *quedarnos cortos en humanidad!* Es decir, perdernos, y no advertir que el horizonte más importante no se encuentra más allá—más lejos—, sino más adentro.

Todo el mundo sabe por propia experiencia que, poco o mucho, las personas podemos equivocarnos. Pero también las civilizaciones se equivocan, y no hace falta recurrir a ejemplos antiguos: la nuestra hace tiempo que ha perdido el norte—o tal vez nunca ha conseguido seguirlo muy bien—. Desde hace un par de siglos vivimos bajo la insistente retórica del progreso y, sin embargo, las víctimas no han dejado de amontonarse escandalosamente en las cunetas. El siglo xx ha mostrado que lo peor—la barbarie más extrema en forma de violencia totalitaria—es aún más posible—y más probable—de lo que nunca había sido. El gobierno del mundo continúa demasiado lleno de banalidad y de intereses particulares. Y, entre todos nosotros, tras haber tratado la tierra como almacén de recursos, éstos ya casi los hemos agotado y aquélla la hemos degradado a depósito de desechos. Mientras tanto, la transformación tecnológica de la sociedad, en complicidad con el consumismo, actúa sobre nosotros a modo de narcótico y amenaza secretamente con arrojar todo por el despeñadero.

Para hallar el norte y seguirlo, serían necesarios cambios tan radicales como improbables. Pero nunca hay que

desistir, sino al contrario, conviene resistir desde el propio rincón. Tal vez sólo sea posible una contribución modesta, pero todo cuenta. Así, por ejemplo, en momentos de gran desorientación, urge el esfuerzo por centrarse en lo más nuclear, y por obrar bien.

Dado que, a pesar de la proliferación de teorías de todo tipo, la comprensión de nosotros mismos nunca había sido tan escasa, para hallar el norte podría ayudarnos entrever que el humano, de raíz, está más vinculado con la responsabilidad radical que con el poder; que una civilización más humana lleva a hacer del mundo una casa más que a salir de casa para dominar el mundo; que una cultura más humana no es una cultura miedosa ni nihilista sino la que sabe que no hay fuerza más intensa que la que se conjuga con el sentido. En la debilidad, en lo humano, en la vulnerabilidad... en este *demasiado* que, en verdad, es un *más*, late el pulso de la verdad.

La forma ensayística de escritura tiene algunas ventajas pero, naturalmente, no está exenta de ciertas limitaciones. Los libros de filosofía que antaño acostumbraban a publicarse en forma de tratado exhibían, ya en el índice, su estructura conceptual. En el ensayo, la *constelación conceptual*, aunque pueda encontrarse, casi nunca es tan explícita. Cada concepto es una estrella de la constelación. Y no todos los puntos tienen ni el mismo diámetro ni la misma luminosidad, pero todos son igualmente imprescindibles para formar la figura de conjunto.

Con la filosofía de la proximidad procuro pensar la radicalidad de lo humano y elaborar, dicho en términos más académicos, una *antropología filosófica*, cuyos principales conceptos serían los siguientes: *alguien*, que es el pronom-

bre del humano; *intemperie*, que indica la situación fundamental; *repliegue del sentir* y *herida infinita*, que expresan la esencia de la vida humana; *curvatura poiética*, que perfila el sentido de la acción; y *reencuentro*, que indica el horizonte de toda espera. A la constelación principal se añaden otros puntos rutilantes igualmente significativos: *inicio*, *amparo*, *afueras*, *resistencia*, *juntura*, *canto*, *compañía*...

Debería poder explicar cómo, cada día, bajo el cielo azul y sobre la tierra plana, *alguien* recibe el nombre y siente la herida infinita que lo constituye. Pero avanzo, ya desde ahora, que aquí *herida infinita* no tiene nada que ver con el dolorismo ni con ningún tipo de apología del sufrimiento entendido como medio para conseguir algo. *Herida infinita* es el término que, finalmente, veo más apropiado para expresar la incisión, profundísima y en forma de cruz apaisada, que nos llega hasta el centro del alma—o, mejor dicho, que genera nuestra alma—. De tal modo que vivir es, en el mejor de los casos, *estar* cerca de esta herida y *obrar* a partir de su vibración.

El camino del pensar es muy especial. Algunos han querido o quieren todavía recorrerlo mirando desde una supuesta cima o desde una especie de púlpito especular y especulativo. Pero, entonces, el trayecto es ficticio, porque ni siquiera se tienen los pies en el suelo; se exhibe una *visión panorámica* que, en realidad, ignora la gravedad y la ligereza de cada paso. A veces, la visión panorámica se compagina con una *dialéctica* consistente en entender que todas las etapas del camino representado están hechas de oposiciones cuya resolución produce el progreso.

Hay, sin embargo, otra posibilidad. No reflejar—no especular—, sino *reflexionar*. No pretender hacer de espejo,

sino de peregrino atento. Caminar despacio, sin ignorar los obstáculos, las dificultades y las luchas que de ninguna manera pueden ni deben evitarse. Caminar prestando atención a los márgenes, al color de la tierra y a la forma de los árboles, pero, sobre todo, a las solicitudes de los compañeros de viaje. A diferencia de la visión panorámica, la mirada reflexiva y atenta no busca una explicación global, más bien procura *desexplicar*, para acercarse a la significación de las cosas. Hoy, cuando una multitud de teorías y de verbosidad son como la broza que crece por doquier, desexplicar es desbrozar; acción necesaria para *clarificar* y *abrir paso*. Por muy extraño que parezca, sin desexplicar no es posible entender nada de lo que realmente importa. Clarificar equivale a cortar la maleza para que entre así la luz. La confusión es homogénea. Desexplicar clarifica y, a la vez, distingue, es decir, descubre la diferencia. Y es entonces cuando, con la diferencia, se puede generar—poéticamente—. Antonio Machado decía que el pensamiento poético es heterogeneizador. El clarificar—y el diferenciar—coincide con el no saber socrático; un no saber—reflexivo—que genera, o ayuda a generar, a modo de comadrona.

Clarificar, pues, para abrir camino, notando y anotando la diferencia. Pero también aquí hay que estar alerta. Conviene distinguir sin que la distinción termine en esquizofrenia. Distinguir, sí, pero no disociar ni contraponer más de la cuenta, sino, más bien, distinguir para *juntar*: cielo y tierra, día y noche, liviandad y gravedad, acción y esperanza... De esta manera, la filosofía de la proximidad, al mismo tiempo que vela para no permanecer en la confusión ni precipitarse en la separación patológica, se implica de lleno en la *articulación* y en la *juntura*.

Reconocer las juntas en que somos da fuerza para crear otras nuevas. El pensamiento como creación simbólica es

juntura poiética. Sobre las juntas en que nos encontramos, cabe crear otras, a modo de plusvalía; *plusvalía creativa*, podría decirse.

Lo angustioso y esquizofrénico es la tierra sin relación con el cielo, o el cielo sin relación con la tierra. El horizonte, que tanto nos calma, es relacional. Nos salvan las relaciones. El horror está en los elementos totalizados: en el vacío del cielo, en la densa oscuridad de la tierra... La relación es ya algo concreto, y las cosas son cosas en lo concreto de la relación. Cuando en un ejercicio artístico se priva a la cosa de sus relaciones, es como si deviniese deforme y monstruosa, recordándonos el rumor del abismo. En cambio, reconocer las juntas es ya orientarse y ser capaz de generar otras.

El camino del pensamiento no recorre grandes extensiones. No pretende ir muy lejos, sino un poco hacia adentro. Y, en consecuencia, reflexiona sobre lo mismo, repite la misma canción, y mantiene el mismo horizonte.

No es un camino de quietud, sino de perseverancia. Por eso a menudo recuerdo con una sonrisa la tan jugosa anécdota sobre Sócrates contada por Jenofonte: después de una larga estancia en el extranjero, un conocido sofista llamado Hípias vuelve a Atenas y, un día, viendo a Sócrates dialogar con sus discípulos se dirige a él desde cierta distancia en un tono algo burlón de esta manera:

—¿Todavía sigues diciendo, Sócrates, las mismas cosas que te oí decir hace mucho tiempo?

Y Sócrates le respondió:

—Sí, Hípias, y, lo que es más sorprendente todavía, no sólo digo las mismas cosas siempre, sino que sigo hablando de los mis-

mos tópicos. En cambio tú, como eres un erudito, nunca dices lo mismo sobre los mismos temas.

—Descuida, siempre intento decir cosas nuevas.<sup>2</sup>

El cuidado pide repetición. Mientras que cierto intelectualismo busca sólo la novedad, el corazón quiere, sobre todo, repetir. Y lo herido es el corazón. Por eso es tan aconsejable seguir a los sabios que, como Sócrates, saben repetir, antes que a los sofistas, que sólo buscan deslumbrar con sus presuntas innovaciones. Encaminados, pues, a repetir, porque no somos nosotros los que hacemos las preguntas sino las preguntas las que nos alcanzan y, al dejarnos tocados, nos hacen a nosotros.

Desexplicar y luego repetir el movimiento de ida hacia lo profundo es el camino y el mantra del pensamiento. Pero tal repetición no deja las cosas como estaban, porque quien repite se transforma y se convierte en *testimonio* para los demás. Desde Lastenia, discípula de Platón, hasta Margarita, hermana de la caridad, quien hace que el pensar transforme su vida es una persona espiritual, sin ostentación. Alguien que se levanta por la mañana, trabaja, cuida a los suyos, se distrae... Pero casi en todo lo que hace se percibe un aire diferente, se vislumbra algo especial, raro. Además, a la persona espiritual no le irrita el sentido común, ni denuncia como inauténtica la vida de los demás, que es como la suya. Vive la normalidad, pero ya está en la excepcionalidad. Vive el día, pero en relación con la noche. Mantiene un combate intenso, discreto, no violento. Combate

<sup>2</sup> Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, IV, 4, 6, trad. Juan Zaragoza, Madrid, Gredos, 1993.

en que no se espera ni vencer, ni convencer. No hay adversario a batir. Combate que no desea la victoria, porque un alma victoriosa es casi una contradicción. El combate tiene la forma de camino, de construcción y de espera.

*Martillo, clavos y cuezo.* Desexplicar para después volver a decir, pero de otra manera. Una filosofía magra no significa una filosofía dedicada sólo, ni principalmente, a demoler. Su energía no está destinada únicamente a la crítica escéptica, sino a encontrar razones para confiar un poco y, así, poder hacer algo bien. Es decir, *no sólo filosofía a martillazos*. Tras el martillo solo es preciso el martillo con los clavos, para unir maderas, encolarlas y levantar entoldados. Tras el martillo solo, también hace falta el cuezo, para amasar cemento y construir puentes.

*Filosofía sin lujo.* Sólo con los víveres imprescindibles. Pocos, porque el lujo nunca es buena cosa. Y a buen seguro, la paciencia del pensamiento no se aviene con él. El pensar sólo necesita calidez en el campo base. Pero nada de opulencia ni de despilfarro. Filosofía sin lujo, porque las sobredosis discursivas son siempre inconvenientes, ridículas o peligrosas. Tener un poco de confianza, a veces, es mejor que tener, superficial o dogmáticamente, mucha. Pero sin nada no es posible vivir. La distancia que hay entre nada y algo es enorme. La esperanza filosófica va de un poco de sentido a un poco más—aunque este segundo poco es, en cierto modo, infinito, otro.

Visto con un poco de perspectiva, que a menudo la filosofía haya ido asociada a cierta vida acomodada y al ocio no la ha beneficiado. Está claro que la reflexión pide tiempo,

y paciencia, y tener cubiertas las necesidades más básicas. Pero el lujo y la opulencia no la favorecen; no la favorecen ni como circunstancias externas, ni como invitación a proseguir, ella misma, en esta dirección. La filosofía debe ser intrínsecamente pobre. La lujosa es demasiado obesa o demasiado fría o demasiado pretenciosa o demasiado aparentemente cínica. Hay filosofías «aristocráticas» que no muestran ningún tipo de compasión; filosofías academicistas que no vibran—ni viven—por nada; filosofías voraces que, en lugar de señalar el infinito o bien lo ignoran o bien presumen de habérselo tragado; filosofías al servicio de dogmas y de ideologías... ¿son, de verdad, filosofías?

Una filosofía sin lujo sabe, básicamente, dos cosas. Primera: que poco es mucho. Segunda: que debe estar al servicio del actuar y del orientarse. Que la reflexión sobre la vida debe intensificar la vida. Y que la reflexión sobre el mal debe contribuir a combatirlo. Que la buena teoría debe ser, en sí misma, gesto y acción.

*Conspiración del desierto.* La filosofía de la proximidad, voluntaria heredera del socratismo y postulante franciscana, es una filosofía del nosotros, del ayuntamiento horizontal, del que sólo se autoexcluyen todos los que denotan algún tipo de altivez. Ensanchar la conspiración del desierto es ir extendiendo una misma inspiración y una misma aspiración: vivir juntos en la fraternidad, con pan y canto o, lo que viene a ser lo mismo, con casa y ventana abierta al cielo.